

EL PRINCIPIO DE LAS COSAS

La primera vez que la vi pensé que estaba encantado. Es que por acá pasan cosas raras y a uno siempre lo previenen, sobre todo mi abuelo, de que si uno mira raro, es que de pronto le echaron un hechizo. Por eso me tocó mirarla bien, parpadear varias veces y refregarme los ojos otras cuantas para estar seguro de que esa luz que veía era de ella y no de una magia cualquiera.

bibliotecario. Siempre se demora en salir. Seguro se queda ahí un momento antes de echar llave mirando los libros para ver si tienen otra cosa más que contarle, quien sabe... Pero ese día yo quería que se demorara todo el tiempo, que se quedara, ahí sí, sumergido en el encantamiento de esa biblioteca. Quería poder verla bien. Pero no pude. Aunque me pareció que estaba sola, porque yo sólo me fijaba en ella y en esa luz que la acompañaba, la verdad es que estaba con su grupo, saliendo del convento. Era una de las guerrilleras que hacía el curso para validar la primaria y el bachillerato. Pasaron frente a mí sin que yo me diera cuenta de quién más estaba con ella y vi sus espaldas alejarse hacia la cancha. Me estaba imaginando que de pronto habían terminado más temprano y los habían dejado salir al río cuando me dieron un golpe en la espalda.

—¡Felipe! Oiga, ¿se embobó?

—¿Qué le pasa? —me quejé fro-tándome el hombro, me había pegado duro.

—Que llevo un rato llamándolo y usted ahí, como si se hubiera ido...



—Uy... es que ¿si vio?

—¿Su cara de pendejo? ¿No ha comido? ¿Quiere que lo lleve a desayunar?

—No, Ángel, ¡hombre! Estaba mirando a esa niña...

—Ah, ¡entonces sí estaba en las nubes! Esa es la sobrina de Marta, ¿no se acuerda de ella?

—No, ¡que va! Yo no la conocía, es la primera vez que la veo.

—Ah, ya. Venga... —Ángel me cogió del brazo como hace con los viejitos que van a la biblioteca para ayudarlos a moverse, pero a mí me empezó arrastrar para la casa de Venedo, mi abuelo; habíamos quedado de hablar con él para grabarle algunas de las historias que nos contaba a nosotros cuando éramos chiquitos, de espantos y esas cosas. La idea era llenar la biblioteca con historias de los prin-

cipios, que nos ayudaran a entender dónde y cómo había empezado todo—. ¿Entonces no se acuerda de la sobrina de Marta? —insistió.

—Que no, hombre —le dije. Me estaba aburriendo de esa sonrisita que parecía decirme que sabía algo de lo que yo no me daba cuenta.

—Y cuando vivieron con Marta, usted y su hermana... ¿tampoco se acuerda?

Me acordé de un lavadero enorme en el que Marta lavaba ropa mientras yo la miraba y mi hermana cocinaba. Me acordé de un perro de hocico negro que siempre se paraba en las patas de atrás para que le diéramos comida, y de que el día que un miliciano casi mata a mi papá vimos a la “mano peluda” corriendo entre unos zapatos, en un rincón de la casa. Y sí, me acordé de tres niñas que vivían también en la casa de Marta, que eran calladitas, nunca decían nada. Andaban por ahí, flaquitas como si fueran hilachitas de algo.

—¿Ellas? —le pregunté a Ángel porque no podía entender cómo esa briznita se había vuelto esa niña tan hermosa.

—Sí, —respondió el bibliotecario sin dejar de sonreír—. Es Talía. Acuértese. Se fueron las tres para las Fare, de aburridas, pero sólo ella volvió. De las otras no se sabe. ¡Marta está feliz!

—Claro, —entendí y también recordé cuando a mí y a mi primo nos cogieron los paras en un taxi para reclutarnos. Esa vez, si no es por mi mamá que conocía a uno de ellos, nos llevan, y eso que apenas teníamos





como trece años—. Talía... —repetí haciendo un esfuerzo por unir la imagen que me había deslumbrado y el sonido de su nombre.

A mi amigo no se le quitó la sonrisa de sabelotodo hasta que llegamos donde mi abuelo Venedo y el viejo empezó a contarnos historias y Ángel a grabar y anotar como si fuera una cosa del otro mundo. Pero yo no podía concentrarme, no me podía estar quieto, quería salir, ir corriendo al río, ver qué estaba pasando allá; además las historias las había oído tantas veces que ya hasta las podía contar yo mismo.

Le hice una seña a Ángel de que ya venía y salió despacito mientras mi abuelo seguía contándole la historia del Duende al que le dejaba una guitarra en la casa para que tocara esa música tan bonita y lloraba como un desconsolado mientras limpiaba todo, ¡pobre duende, nunca nadie dijo porque lloraba ni por qué estaba tan triste!

¡Pero a mí qué me importaba el Duende, su manía de limpiar casas ajenas y cantar canciones tristes! Corrí al río pensando que le iba a decir a Talía que me había acordado de ella y de su tía al lado del lavadero, podía inventar que nos robábamos las arepas cuando nos mandaban a llevarlas al cocal donde los demás raspaban hojas, pero no encontré a nadie, y mejor, porque seguro que no me hubiera creído ese recuerdo inventado.

Yo sí me acordaba de recoger coca, pero con mi mamá, no con Talía. Así es que sudando, volví a la casa. Quería preguntarle a mi mamá por la sobrina de Marta, seguro que ella me decía bien cómo era la cosa. Ángel no se había asomado, debía seguir grabándole cuentos al abuelo, de manera que el campo estaba despejado y la suerte quiso que mi mamá estuviera pintándose las uñas de los pies.

—Mamá, ¿usted se acuerda de Talía? —le pregunté sin dar rodeos después de darle un beso en la mejilla.

—Claro, —respondió levantando la mirada. Yo sabía que pintarse las uñas de los pies le costaba trabajo y que iba a preferir decirme lo que necesitaba para despacharme rápido y que no la interrumpiera mucho más—. La sobrina de Marta, ustedes jugaban juntos, ¿por qué?

—No, mamá, porque la miré hoy. ¿Si supo que volvió?

—Sí, claro, bendito sea. ¡Con todos los demás!

Me quedé un momento mirando cómo conseguía que el esmalte cayera sólo en la uña y no manchara la piel del dedo. Tomaba aire, lo retenía y



lanzaba la pincelada. Anoté mentalmente que en efecto, yo sí había jugado con Talía.

—Mamá, y ella es como de mi edad, ¿verdad?

—Un poco menor... Por lo que me acuerdo —suspiró haciéndome cara de que la dejara en paz. Se lo diría de una vez. Me quedé un momento sosteniéndole la mirada hasta que reuní el valor para preguntarle:

—Mamá, y usted cree que si uno le cuenta a una mujer una historia en la que ella es la protagonista, ¿sí? La historia de su principio, ¿me entiende? —asintió bufando—, ¿a ella le va a gustar?

Mi mamá bajo la pierna de la mesa, se enderezó, porque estaba como un gancho y me taladró.

—¡Usted si es que no coge oficio!

—No, mamá, pero dígame, usted qué piensa —insistí—. ¿Ah?

—Sí, le va a encantar, seguramente, pero déjeme pintarme las uñas, hoy viene un señor de Bogotá a ver lo de la Zona Veredal y tengo que estar presentable... —me gritó. Mi mamá estaba metida con la gente de la ONU, de facilitadora. Yo metí el rabo entre las piernas y decidí que lo mejor era consultarlo con Ángel, de pronto él sí supiera decirme algo sobre los principios de las historias y las mujeres—. Pero usted sabe mijo, —me detuvo antes de salir—, que si le habla con cuidado y con esos ojos tan divinos que tiene, seguro que le va a gustar.





Mi mamá no era boba y sin duda había entendido exacto lo que le había querido decir. Podía hablar con Talía con su bendición.

No fue tan fácil encontrarla, ni a ella ni a la historia que le contaría. Pero al final, las cosas que tienen que pasar pasan y se arreglan para mejor.

“¿Usted si sabe que antes las casas acá se hacían en comitiva, mejor dicho entre los vecinos? Pues bueno, lo que le voy a contar pasó en una de esas comitivas. Eso era el tiempo cuando la gente venía al Caquetá del Huila y el Tolima corriendo por las matanzas de liberales y conservadores. En esa época acá no había nada más que monte y hambre. Al tiempo de llegar ya se podía sacar yuca y plátano, y luego cuando la finca se iba arreglando frijoles, café y otras cosas. Pero al principio era pura hambre si no es por el animalero que había para cazar. No es como ahora que ya no se miran bichos de ningunos. Antes cualquiera era buen cazador. Pues en esa época la gente se juntaba en grupos grandes para hacer las casas de los demás. Y una vez, entre la gente que estaba ayudando habían cuatro hermanos, los Varela, me parece, no me acuerdo bien de su apellido, pero lo que sí es seguro es que eran los mejores echando peñilla y con ellos también había llegado Marcos Herrera. Ese sí era tremendo. Hacía magia negra, se convertía en tigre. Cuando uno estaba cazando con él se le desaparecía y ahí mismo uno sabía que se iba a encontrar con un tigre. Y tal cuál. Ahí estaba el tigre y claro, cuando volvía a aparecer en forma humana había conseguido buenas cosas. Ese hombre por ejemplo no mataba las culebras, las levantaba de la tierra y se las hacía enroscar por el cuello y por los brazos, y ellas ahí tranquilas. Pero dicen que tenía un trato con el diablo, por eso es que en las peleas nunca le ganaban. El diablo le avisaba por donde iba a venir el golpe y él se quitaba. Y esa vez, esa casa estaba difícil de terminar, eran poquitos y no había casi comida para la gente que estaba toda de mala gana. En esas, los cuatro hermanos se sentaron en el



único banco a descansar y ahí estaban, escupiendo y fumando cuando don Marcos les pidió que se quitaran que había otros que querían sentarse. Los Varela se lo tomaron mal y no quisieron quitarse, pero como el otro no les tenía miedo y se puso a insistir, pues los hermanos decidieron arreglarlo a machete limpio. Y ahí estuvieron cuatro días y cuatro noches dándose machete. Ninguno vencía al otro. Y eso que eran cuatro contra uno. Pero no podían y no podían, ellos mandaban el machetazo y el tipo se les aparecía en otra parte. Pero como ellos eran cuatro también pudieron confundirlo, más de lo que él pudo confundirlos a ellos y por fin pudieron cogerlo y lo despedazaron.

“Y dice mi abuelo que desde ahí se formaron las guerrillas y el Estado empezó a meterse con los paramilitares y bueno todo eso...”.

—¿Y usted cree en eso? —me preguntó ella atravesándome con esos ojos hermosos.

—No, sí... —dudé sin saber qué decirle. Era la historia que me había contado mi abuelo, Ángel la había grabado y decía que era una maravilla, y además hablaba de las guerrillas, mejor dicho de donde ella venía, tenía que gustarle, era la historia de su principio—. Mejor dicho, ¿no le gustó la historia? —le pregunté pensando que había hecho semejante esfuerzo para nada.

Se quedó mirándome un momento, me cogió la cara y me dio un beso. El que yo no me había atrevido a darle.

—Lo que me encanta son sus ojitos —me dijo—. ¿vamos al río?

Mareado, me fui caminando al lado de ella pensando que de pronto Ángel sí tenía razón y que las historias sí servían para hacer cosas.

—Y entonces ¿sí se acuerda de que jugábamos juntos? ¿Que nos comíamos las arepas cuando nos mandaban a llevarlas a donde estaban recogiendo coca? —me preguntó sonriendo. ¿Entonces no me había inventado ese recuerdo? Vi sus manos y no pude dejar de coger una de ellas. Cabía entre la mía, pero pude sentir la fuerza que tenía. Era más morena que yo y entendí mirándola que era con ella con quien quería pasar todo el tiempo. Apenas pudiera, le propondría que hiciéramos el proyecto de radio juntos. Seguro que le gustaría—. Y sí, sí me gustó su historia aunque a mí me la contaron distinto —me dijo tirándose al río. Yo no entendí nada más en ese momento y me lancé al agua detrás de ella.

Pero ese día sí entendí algo en las burbujas que se desprendían de su cuerpo debajo del agua. Chapaleando y jugando con ella, me di cuenta con completa claridad que ese paseo al río, era el principio de mi historia.

SOBRE EL TEXTO:

Esta historia, que escribió el autor sobre su visita al corregimiento de Santuario, en la zona veredal de Montañita, en Caquetá, contiene tres historias: un cuentito de amor, la dinámica de la biblioteca Galaxia de letras, y una historia fantástica que le contó un niño en ese lugar sobre el origen mítico de la guerrilla.



Francisco Montaña Ibáñez

La capacidad de amar en medio de la injusticia social que mata, en medio del hambre que duele y de la guerra que no da respiro, inspira a Francisco Montaña Ibáñez. Por esto escribió su novela *No comas renacuajos*, en la que habla sobre estos problemas a los que se enfrentan también los niños. Este escritor bogotano, de literatura infantil y juvenil, se encontró con la humanidad de personajes anónimos, pequeñitos, pero que aman inmensamente.

Desde su primera novela, *Bajo el cerezo*, descubrió que la ficción puede dar respuestas cuando la realidad se queda corta. Esto lo entendió cuando escribía su libro *El gato y la madeja perdida*, sobre el genocidio de la Unión Patriótica, y se encontró con una niña de Urabá que decidió inventar la historia de su padre para poder entender quién era. La manera de contar las historias es lo que nos hace capaces de construir nuestra identidad sobre lo que nos antecede y sobre lo que se aproxima. Para este magíster y candidato a doctor en Historia del Arte, pensar la guerra desde una perspectiva fantástica, puede ayudar a sanar las heridas.



Santiago Guevara

Santiago Guevara tiene sangre boyacense, pero es rolo de toda la vida. Comenzó su vertiginosa carrera en la ilustración desde antes de graduarse de diseño gráfico en la Universidad Tadeo Lozano. A los 22 años ilustró por primera vez para *El Malpensante* el cuento *Mediocristán es un país tranquilo* del escritor colombiano Luis Noriega, y en 2012 logró su primera portada en esta revista.

Cinco años han pasado desde entonces y Guevara ha inmortalizado sus dibujos en libros como *Corazón de León* de Antonio Ungar (Babel Libros), *Soy Asesino y Padre de Familia* de Fabio Rubiano (Seix Barral) y *Los 16 Motivos del Lobo* de Amalia Moreno (Cardumen Libros).

Trabajó para un periódico judío en New York llamado Hamodia y en 2016 ganó la Beca Cómic/Novela Gráfica de la Fundación Gilberto Alzate Avendaño por su novela gráfica '*Gestos de Mala Educación*' en coautoría con Raúl Piamonte. Hace dos años y medio trabaja como freelance, dicta clases de fundamentos de la ilustración en la Universidad Javeriana y hace dibujos para el equipo de Magic Markers.

Una realización de Colombia 2020 de El Espectador: Unidad de Mercadeo Relacional (Proyectos especiales)
Colaboración especial de contenidos en territorio: Proyecto Bibliotecas Públicas Móviles del Ministerio de Cultura de Colombia
Gerente general El Espectador: Eduardo Garcés López. / Director El Espectador: Fidel Cano Correa.
Equipo Colombia 2020 / Gerente de Mercadeo Relacional: Elva Lucía Daza.
Directora General del Proyecto: Laid Milena Pérez Montaguth. / Directora Editorial del Proyecto: Gloria Castrillón.
Concepto: Pilar Lozano. / Editor: Fernando Araujo Velez. / Dirección Creativa: Harvey Gómez.
Dirección de arte y diagramación: Darío Forero
Producción de campo: Bibliotecarios Públicos de la Paz
Impresor: Quad Graphics

ISBN Obra completa: 978-958-16-0034-2

Apoyan:



Al servicio
de las personas
y las naciones



En alianza con:

